

hoy, y al igual que en todas y cada una de las sociedades en las que conviven dos o más étnias o comunidades lingüísticas en la *opresión* (nota bene) la división sociocultural coincide a veces; en otras encubre, y en muchas frena; pero, a la larga no puede impedir que se reconozcan o surjan frentes comunes clasistas para resistir la explotación. En el Medio Oriente, según sabemos también, el nacionalismo tan temido por el imperialismo occidental (en último término, un nacionalismo hipertrofiado que se enmascara tras un aparente universalismo) ha sido el que, paradójicamente, ha impedido o dificultado, en veces, la acción efectiva de los partidos comunistas de esa zona del mundo.

Ryerson descubre en Quebec, en Canadá, una "carga de crítica social potencialmente radical" que aumenta con el crecimiento de una organización de la clase laborante (sindicalismo), de su extensión a nuevos sectores (enseñantes y técnicos); que coincide con movimientos juveniles y femeniles.

Y es que, frecuentemente, se olvida el potencial político que ofrece la labilidad de ciertos estratos y grupos de edad: la de esos pequeñoburgueses envidiosos de la gran burguesía, dispuestos a apoyarse y a manipular al proletariado para después traicionarlo que acaban por ser arrollados por las mismas fuerzas que desataron y que creyeron podrían volver a atar; de esos jóvenes que confunden su inconformidad frente a las consecuencias de un sistema del que, en último término, son usufructuarios y acabarán por ser herederos, con las reivindicaciones del joven proletario inconforme no sólo con las consecuencias sino con los fundamentos mismos de un sistema en el que todo se le niega, que le explota, y que no le ofrece nada ni para el presente ni para el futuro; jóvenes pequeñoburgueses, no identificados aún con sus intereses de clase que, desorientados en una de sus coyunturas vitales, brindan un apoyo cir-

cunstancial y ciego a las fuerzas transformadoras de la sociedad-que han de cuestionar, precisamente, sus mismos intereses de clase.

Es esa también la acción de ciertos grupos lingüísticos que, en sus intentos de liberación cultural dentro de un Estado, o pueden contribuir a destruirlo como reducto de una clase explotadora, o, por el contrario, pueden contribuir —sin quererlo— a perpetuar la dominación de éste por otros Estados cuando no son capaces de descubrir su identificación más profunda, de clase, con otros grupos lingüísticos; aquella capaz de establecer la prelación de la lucha en contra de los explotadores comunes frente a la reivindicación interna de ciertos derechos de carácter sociocultural.

Las aportaciones de Ryerson y de otros canadienses a los congresos más recientes de estudiosos de las ciencias sociales hacen pensar en la necesidad de redefinir el "Tercer Mundo" en términos tales que lleguen a incluir —sin indebidas identificaciones con los otros, no industrializados— a países de compleja tecnología, que a pesar de su industrialización, no son "desarrollados", así como determinar cuál es la extensión mayor y más profunda del imperialismo en cuanto la socorrida frase "Yankees go-home!", que parecería característica de los *grafiti* de nuestros pueblos tiene su contrapartida incluso en la muy industrializada Suecia, en donde, en el norte, en sitio de explotación del subsuelo, hemos podido leer en las paredes de las calles, como un índice de fuego: "Holland, go home!"

Oscar Uribe-Villegas

Syed Hussein Alatas: "L'Asservissement intellectuel dans les études du développement. Quelques problèmes négligés et nécessité d'une tradition autonome des sciences sociales en Asie". *Revue interna-*

tionale des Sciences sociales. Vol. xxiv, no. 1, pp. 9-26.

Es probable que los últimos años de la séptima y los primeros de la octava década del siglo veinte pasen a la historia de la sociología como los de una revolución copernicana que colocará en su sitio a la sociología “de occidente” al negarle el sitio privilegiado (de centro del universo sociológico) en el que ella misma se había colocado.

Este enfoque, en primer lugar, delata el academo-centrismo de “Occidente”, pues éste, olvidado de la tradición universalista de los fundadores (Comte, Spencer, Durkheim), se empeñó en creer que a todas las sociedades se las podía y debía de estudiar mediante la simple aplicación de unos “esqueletos” obtenidos tras el examen de ese apéndice de Europa que son los Estados Unidos de América, y de unas cuantas sociedades europeas (no todas) que, después de haberlos hecho a imagen y semejanza suya, ahora se les parecen más o menos. En segundo término, ese mismo enfoque no sólo reivindica el derecho sino que también reconoce el deber de los sociólogos de Asia, de África y de esta América ninguna (la “otra” para quienes han convertido a su país en “América” por antonomasia), para plantearse, desde su raíz, los problemas sociológicos de sus pueblos, y resolverlos a su manera.

Esto quizá no sirva a los propósitos ideológico-imperialistas que redujeron el “desarrollo” al puro avance económico, y que hicieron de la “modernización” el máximo desideratum (con una mañosa, ulterior, identificación de ésta con la occidentalización) ya que, por esa vía, se convierten nuestras sociedades en los clientes perpetuos de metrópolis superproductoras (que no han aprendido, por ejemplo, la sabiduría del *potlatch* de los indios de la costa del noroeste), y que —obsesionadas por colocar sus excedentes— inducen un consumo irracional, de-

pauperante, que enajena a sociedades enteras, víctimas de un genocidio cultural; pero servirá —en cambio— para que esas sociedades nuestras sean más auténticas y —en cuanto más auténticas— más desarrolladas (en sentido real y no aparente).

Ya en otra ocasión, en este mismo sitio (R. M. S., vol. xxxiii, no. 3), en una nota que se dañó más que de costumbre por los descuidos del redactor, del editor y del tipógrafo, llamamos la atención hacia los trabajos de Mukherjee y de Wakil (de India y de Pakistán, respectivamente), presentados en Varna, Bulgaria, así como en años previos nos habíamos referido a los de Abdel Malek (de Egipto), Agble-Magnon (de Togo), Naraghi (de Irán), Mazrui (de Uganda) Wardi (de Irak), Nandy (de India), Subur (De Indonesia) y a los de otros sociólogos de Asia y de África que, en Evian y en Munich, en los Congresos Mundiales de Sociología y de Ciencia Política han hecho notar la insuficiencia de los enfoques estadounidenses y europeos para la comprensión de lo que quienes los practican se empeñan en considerar como “las civilizaciones diferentes” (Espinosa y Prieto señaló alguna vez cómo, razonablemente, los americanos no debíamos considerar a Europa, sin más, “el Occidente”, sino que convenía que reconociéramos, por ejemplo, que para nosotros, la Reina de Inglaterra es “una exótica soberana *oriental*”).

Esas “civilizaciones diferentes” —además— son, según los dueños de la sociología, “cosas” que no pueden (o que si pueden no deben) decir lo que piensan de sí mismas, mientras que el “hombre blanco” (cuya obsesión señorial reveló Alfred Weber) tiene el derecho y el poder de juzgarlas y de indicarles las vías de su mejoramiento. Nada le importa a éste que esas sugerencias estén pensadas para provecho suyo y no del receptor, o que procedan —en el mejor de los casos— del conocimiento breve y

superficial que él mismo tiene, y no de una rica experiencia, acumulada por generaciones. Esa experiencia aún es torpe, porque sigue teniendo una enorme ganancia ideológica; pero es valiosa, en cuanto es depurable; enriquecida por todos los hombres que durante siglos han formado un pueblo (al que en actitud misional, semiprotectora y semidespectiva, suele dirigirse “el blanco”) esa ideología, surgida de la experiencia es susceptible —con todo— de una reducción sociológica y de una aplicación políticosocial que llegará a ser autenticadora y no enajenante, en tanto que la que el “misionero universitario” promueve aquí no pasa de ser —en el mejor de los casos— sino una orquídea que, en cuanto epífita, ni enraiza ni sorbe los zumos de la tierra.

El punto de partida —aún no cortamos el cordón umbilical y nos atrevemos a apoyarnos en nuestra sola autoridad, corriendo todos los riesgos que no debe eludir el investigador— se lo proporciona a Alatas un sociólogo de Estados Unidos de América (no sabemos si estadounidense o no). Como que, por fortuna, también Europa y esa América de allende el Bravo (para la que es discutible el calificativo de anglosajona) producen mentes lúcidas, críticas, capaces de elevarse por encima del más burdo comprometimiento ideológico y rebasar las inocuas observaciones sobre puntuación y “estilo académico” para ir a la MEDULA de los problemas sociológicos de la sociología misma. Son ellos, como lo son los representantes estadounidenses que delataron el envío a México de medicinas dañinas para la sexualidad de los niños mexicanos, lo que hace que la humanidad no se decida a desesperar aún de esa otra América que —en años recientes— ha dado tantos motivos de aflicción al mundo después de haberle abierto —en otros más remotos— tan esperanzadoras perspectivas.

Weidner es el apoyo de Alatas. Su estudio se publicó en los *Annals of the*

American Academy of Political Science (dirigidos por años por el gentilísimo, viejo profesor Thorsten Sellin). En él criticó al instructor estadounidense que acostumbra visitar nuestras “subdesarrolladas universidades” llevando a ellas, sin intentar la menor adaptación de los mismos, no sólo la pedagogía estadounidense sino aun las *notas* que usaba en su país, sin percatarse de que los programas de aquellas frecuentemente no convienen a estas universidades, y de que la sociología euroamericana se ha apresurado a dar por universales “leyes” que apenas si son generalización válida para Estados Unidos de América y —con cierto esfuerzo— para Inglaterra, Escandinavia, el Beneluz, Alemania; que lo son menos para Francia, Italia, España, los Balcanes... y casi nada para el resto de la humanidad.

Recordamos, en efecto, la visita que hace unos años hizo a México un profesor estadounidense (muy afamado y por quien sentimos simpatía y aprecio) quien, en el momento de sus exposiciones, ante una pregunta nuestra sobre si no pensaba tratar de la familia en Asia, en África, en Oceanía... nos contestaba honesta, pero asombradamente, que no creía que tuviera que tratar de ellas y que, en todo caso, no estaba capacitado para hablar sino de la familia estadounidense del siglo XX. Con ello, nos pareció que se aproximaba —por el otro extremo— a algunos estudiosos mexicanos que se han empeñado siempre en no saber *sino de* la sociedad mexicana y en ignorar las del resto del mundo, como si fuera posible entender algo de lo que es más propio sin entender un poco de lo que, no por sernos menos cercano, no nos puede resultar ajeno.

Weidner no sólo señaló esa falla —básica, de fundamento epistemológico, de la sociología: esa falta de referencia etnográfica e historiográfica suficiente y de indispensable complementaridad etnológica e histórica. No sólo hizo eso sino

que también indicó que, aun en el subdesarrollo nuestro, hay un elemento nuevo y alentador. Y aunque él no lo dijo, nosotros decimos que *aunque la sociología tropiece aquí con obstáculos que no la frenan ya en los países industrializados* en los que florecieron la ciencia y la tecnología actuales, estos países nuestros —como él lo reconoce— “no son ya, en ciertas disciplinas y por lo que se refiere a ciertos especialistas ‘insuficientemente desarrollados’, aunque lo sigan siendo en materia económica”.

O sea, que aquí YA HAY quien puede pensar por sí mismo y quiere hacerlo, así sigan siendo todavía muchos los que aun *pudiendo hacerlo, NO QUIEREN HACERLO* (en cuanto tomar teorías y recetas ajenas y aplicarlas sin crítica o ajuste a la propia realidad es más fácil que repensar, replantear, correr el riesgo de errar, errar, rectificar, fracasar y corregir. Porque resulta difícil —de enorme dificultad— atreverse a suscitar el enojo de los señores de la sociología de Occidente y decidirse a ser —en último término— “el salvaje” de la utopía de Huxley, aquel que, con sus preguntas pertinaces, pertinentes, pero poco convencionales, perturbaba a los escolares-esclavos tan cuidadosamente acondicionados para la sumisión y la obediencia en ese “Mundo Feliz” de la pesadilla tecnológica y sicocanalítica.

Alatas reconoce que en Asia es minoría la de los sociólogos dispuestos a elaborar una tradición autónoma y creadora, y que países enteros han sufrido consecuencias *desastrosas* a consecuencia de una planificación mal concebida. Así, por ejemplo, Azhari Zahri ha señalado el perjuicio que le causó a Malasia la aplicación del concepto de “coeficiente de capital” introducido por economistas planificadores de Occidente que, más o menos, se saltaron “a la torera” el estudio de la situación real sobre la que debían actuar.

Son los “asistentes técnicos”, los “visit-

ing Professors”, los “planificadores de fuera” los causantes de esos desaguisados; pero, no menos, lo son los “sociólogos” autóctonos que obtienen sus doctorados en Estados Unidos o en Europa; que leen sólo o principalmente libros de esos orígenes y los convierten en su oráculo-manual; que se dejan ganar por un “efecto de demostración” académico, similar al definido por Duesenberry, que aumenta el gasto en bienes prestigiosos, de dudosa utilidad, a expensas del ahorro y de la inversión productiva, pues —conforme afirma Alatas— “asimilan conocimientos de origen occidental en materia de ciencias sociales, movidos por la creencia en su utilidad y superioridad”.

Del otro lado, aunque Alatas sólo lo mencione y no lo subraye, el móvil para preservar esa situación consiste en que esa creencia les “paga” a los negociantes de la metrópoli sociológica; en que ella permite que lo que Occidente produce, se venda, amparado unas veces, sí, por su mayor calidad; pero otras —tanto o más frecuentes— por un falso brillo del que lo ha rodeado una mañosa, sutilísima propaganda que —esto lo sabe el sociolingüista— comienza por depender sólo del ritintineo de un apellido extranjero pues se olvida que el señor Tower es el señor Torres y Flowers es el señor Flores.

Esto se debe de vincular, en el nivel de la enseñanza, con la poca oportunidad que hay de que en Asia, África y América (con exclusión de Estados Unidos) sean solicitados, elaborados, editados, difundidos, corregidos y mejorados en ulteriores ediciones, los textos profesionales sociológicos en cuanto el autor potencial no procede de la metrópoli cultural, en tanto se difunden y promueven textos unas veces mejores; otras, iguales; otras más, peores que los que se producen o producirían en casa. Y se relaciona con la ceguera de unas autoridades educativas (y particularmente, universitarias) que no se plantean la necesidad de una política editorial sistemática, de traduc-

ciones y de obras originales, capaz de hacer —en un nivel menos indigno— lo que años atrás hacía Argentina, pirateando textos; lo que, según algunos, hace Cuba al apropiarse de lo que —fuera del mínimo estímulo que debe haber para un autor, en una primera edición, por sus derechos de autor— constituye en realidad, patrimonio común de la humanidad (que no debe servir para que se enriquezcan uno o unos pocos individuos). Una política capaz de constituir, por el otro lado, toda una batería de textos nuestros, dentro de una política expandente de lo que —por encima de las críticas que se le puedan hacer legítimamente— busca el libro de texto gratuito. Es fácil anticipar que en niveles técnicos y profesionales esa batería de textos no podría ser gratuita, pero, el solo hecho de ser producto de los pedagogos nuestros, la haría más económica, a largo plazo, más asequible a mayor número de individuos y redundaría en un importante ahorro de divisas para el país.

Alatas señala el mal que introducen los posgraduados en el extranjero, *que se desenraizan* de su realidad nacional. Si criticara a los que se gradúan fuera, pero siguen atentos a lo suyo, respetuosos de la realidad que quieren mejorar (y, por ello potentes para hacerlo) en vez de mostrarse desdeñosos de ella (y resultar así impotentes para transformarla), seríamos los primeros en criticarle; pero, en estas condiciones, tenemos que aplaudirle. Es el mal de quien asimiló teorías, doctrinas, métodos y técnicas (más técnicas que métodos) “elaborados allá” y adecuados “para allá” y que no entiende lo que para “acá”; por qué todo eso no le resulta eficaz; por qué le fallan así esos que él consideraba “instrumentos maravillosos”. Es el mal de quienes —por ejemplo— al juzgar el presidencialismo mexicano y soñar con parlamentarismos o sovietismos se olvidan de que para entenderlo, no ya en la forma (que copiamos de Estados Unidos) sino en el con-

tenido (que procede de nuestra intrahistoria y es lo realmente operante, incluso por encima de transformaciones profundas como la de 1910),* hay que leer, más que *The Federalist*, papelotes como —digamos, a modo de simple ejemplo— la *Crónica de Michoacán*, la *Relación de Michoacán* y otro, para descubrir las concepciones que desde la antigüedad tenían los habitantes del México sobre los deberes de un gobernante, la forma —a veces muy gráfica— en que pensaban que debía llevar al pueblo “sobre sus espaldas”. Pues ocurre, en esto, lo que señalaba nuestro inolvidable amigo Félix Martín Iglesias: que “hacemos marchar al extranjero jóvenes talentosos, de quien cabe esperarlo todo y, al cabo, nos los regresan... pero ‘hasta nos los regresan tartamudos’”.

El mal es —como si fuera poco— acumulativo. Esos colonizados intelectuales “se empeñan en transmitir a generaciones de estudiantes el saber convencional dominante... [con ello], el defasamiento entre la estructura teórica y el mundo de la experiencia crece... y la decepción... resulta de la incapacidad de los marcos teóricos para diagnosticar la naturaleza del problema y prescribir la línea de acción más apropiada”.

Alatas no se mueve en el mundo vacío de las abstracciones (necesarias, pero insuficientes). Es, por el contrario, muy concreto. Quisiéramos transcribir sus ejemplos porque tememos que por no ser convincentes, no lograremos que nuestros jóvenes sociólogos consulten su original, tan lleno de enseñanzas; pero, escapa a nuestra posibilidad el hacerlo. Ahí están sus ejemplos sobre el juicio errado de Hagen acerca del atraso que según él representaría (y que no representa) el uso del *changkol* malayo, pues ni es tal

* Según parece señalar Arnaldo Córdoba en un libro suyo, que apenas hemos hojeado, sobre *La ideología de la Revolución mexicana*.

atraso ni es irracional su empleo, sino *precisamente lo contrario*, ya que el implemento se adapta al medio en que se le usa. Ahí está la incompleta comprensión de Herskovits hacia el sentido social del tiempo entre “los primitivos”, pues no es que vivan en “la duración” y desconozcan “el tiempo físico, sino que usan de la puntualidad y economizan ese tiempo, de acuerdo con una división de los dominios culturales (sagrado-profano, por ejemplo, frente a sociedades secularizadas que ha sacralizado, quizás, la economía) que no coincide con la de Occidente; que no es ni mejor ni peor que ésta sino que es distinta y está pensada para otros fines.

A más de esto, la discusión no es de interés puramente académico, pues tiene —también importancia práctica: política, pedagógica, económica... Alatas señala que hay una industrialización derivada, sostenida por innovaciones extranjeras, que reposa en el consumo de productos que vienen de fuera, y de otros, *imitados*, fabricados en el lugar”. En concreto, señala lo extralógico de la introducción de la tina de baño occidental (un adefesio, un pegote a-funcional) en el sureste asiático; la forma en que esa introducción hizo abortar el desarrollo (ese sí *desarrollo* o actualización de potencialidades, según hemos remachado una y otra vez) de un invento independiente, adaptado al medio y enraizado en la tradición autóctona. Y crea un tecnicismo valioso para la discusión de estos problemas al designar esto como el “efecto de la eliminación del potencial [técnico-cultural]”, en cuanto no se explotó en forma modernizada el implemento tradicional (que él describe pormenorizadamente, en sus limitaciones y posibilidades) con la consiguiente “fricción” socio-cultural y la no menos lamentable pérdida económica en divisas que es la que suele importar *sobre todas las otras*, a los materialistas más groseros.

Las páginas que —al final— consagra

Alatas a los elementos “factorígenos” y “actorígenos” del desarrollo (nuestra concepción más compleja insiste en el “progreso” como resultante de “desarrollo” y de “evolución”) no son menos ricos ni menos aleccionadores.

Creo, firmemente, que aunque este artículo de Alatas ni tiene la extensión de un tratado, ni ha salido de las prensas de una prestigiosa universidad europea o estadounidense, ni tiene el “corte clásico” de los “reportes de investigación” que plantean hipótesis, las dociman, llegan a conclusiones y después presentan un escrito impoluto en el que se cuentan los renglones que debe ocupar el título y se prescribe la forma de numerar las notas al calce que deben aparecer siempre en tal forma y nunca —!pecado nefando!— en otra, su lectura puede enseñar mil veces a nuestros jóvenes sociólogos, amantes de la reflexión, que las inocuas elaboraciones de lo obvio y las comercializadas exposiciones que solicita un editor y atiende dócilmente un autor, con la vista golosamente puesta en el mercado que puede tener su producto “académico”; producto en el que hay una preocupación mucho menor por servir a la ciencia, a la sociedad o bien —¡colmo de quijotismos del Siglo de Oro o del idealismo decimonónico!— a ambas, para la liberación del hombre.

Oscar Uribe-Villegas

García Cantú, Gastón, *Universidad y Antiuniversidad*, Ed. Joaquín Mortiz, S. A. (Cuadernos de Joaquín Mortiz), 1a. edición, México, D. F., 1973, 106 pp.

El libro está integrado con 19 artículos periodísticos, escritos entre el 28 de mayo de 1971 y el 15 de diciembre de 1972. Estos escritos, como se señala en la contraportada del mismo, “son variaciones de un mismo asunto que permite des-